

mósfera disminuida de las querellas de partido, y las ambiciones estridentes de regímenes que querían usufructuar la nación antes de crearla, se anemió la savia que la colectividad, como las plantas, traía dentro de sí, la vida que pudo fructificar tropicalmente por poco que hubiera un cultivo favorable.

La agitación infecunda de los hombres y el desarrollo precario de las colectividades no se ha de atribuir, pues, a una capacidad restringida de la raza, ni a una menor aptitud para concebir y realizar lo que en el mismo lapso alcanzaron otras colectividades. Lo que faltó en América fué una dirección superior inspirada en altos propósitos colectivos, es decir, una hábil gestión para utilizar la fuerza del conjunto.

De aquí deriva la inquietud que trae en su corazón la juventud espiritualmente rebelde, casi irrespetuosa, enmarañada, que estamos viendo surgir de pronto en todas las capitales de nuestra América. Por encima de las palabras y de las doctrinas sólo hay un gran fervor de regeneración, un ansia de contribuir al advenimiento de la América Latina nueva que ha de salvar todos los peligros y ha de imponerse al porvenir.—M A N U E L U G A R T E.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

José María Eguren

DE las generaciones intelectuales del Perú ninguna figura ha crecido tanto en la poesía como la de José María Eguren, porque este poeta es el único que ha logrado alcanzar la más pura expresión de la poesía en un lenguaje que parece que recién emergiera de las fuentes mitológicas. Ningún otro poeta ha tenido una situación tan precisa y tan lógica en el arte. Siempre equivocaron los caminos que tiende la poesía entre la pureza y el hombre, para que de éste se desprenda el poeta, como en la evasión de las almas sublimes de los cuerpos deformes, y lleve su tránsito a una altura de la tierra en que pueda batir las alas sin temor de mancharlas ni de rasgarlas.

La verdadera poesía obliga a la evasión del espíritu franqueando las puertas de los prejuicios de moral, religión o doctrinas revolucionarias que encarcelan el alma y la privan de su libertad de cielo, de su alejamiento de toda lógica humana, de toda matemática. La poesía está formada de realidades ilógicas, de fenómenos abstractos, de representaciones del sueño,

de una constante novedad, de un mundo aparentemente irreal, pero que para la poesía tiene una existencia patente, sobrenatural. La poesía tiene una lógica sobrenatural. Sólo lo sobrenatural de *uno* es lo poético. Para el poeta el mundo fluye de su interior. La poesía no representa al hombre ni a la naturaleza. Es nada más que la representación de ella misma.

Esto es lo que ha conseguido Eguren al desligarse de toda tendencia. Su poesía no tiene explicación lógica dentro de lo natural, y el arte es eso. Todas las juventudes intelectuales del Perú consideran, a pesar de lo tendenciosas que son, a José María Eguren como al más grande poeta peruano. ¿Por qué? Porque este poeta ha logrado rodear su poesía de una máxima pureza vívida, no muerta como la pureza que rodea a la luna, para cuya explicación tendríamos que hacer un viaje a lo Julio Verne, sólo que con el *oxígeno* de la poesía de Eguren viajaríamos como unos ángeles.

La poesía de Eguren tiene su más preciso valor en su pureza. Pertenece a una atmósfera sutil. No existe ninguna tendencia que perturbe el silencio de su pureza. No le podrían combatir ni los más apasionados revolucionarios porque ha cumplido su misión humana volcando su alma en la exigencia del arte para levantar el fondo de la belleza.

Tiene este abono más que justifica su vida y que son los matices necesarios con los que hay que rodearse para merecer la canonización poética, el haberla sustraído de todo contacto para formar la atmósfera de pureza que debía respirar su grande arte. Tampoco puede tachársele de deshumanizado porque su poesía tiene su vitalidad, cierto es, distinta de otras vitalidades, pero eso es precisamente lo que busca el arte. La poesía está en Dios, pero no Dios en la poesía, por eso también puede estar en Luzbel. Generalmente la poesía está en el revés de las cosas que tienen una superficie vulgar para nuestros ojos vulgares.

La soledad de Eguren tiene una belleza infinita y de angustia. Parece que a la belleza hay que llegar por el dolor, al menos de las *cosas* que lo rodean a *uno*.

Es el hombre sin amigos, con el mundo muerto entre sus manos, con el paisaje muerto, de muertas esperanzas. Sólo vive su poesía en su pequeña casita de Miraflores enredada en árboles olorosos y pájaros sombríos que cantan a la noche sus trovas desesperadas.

Alejado de todo contacto vive en carne y hueso su poesía. Atormentado en su *torre de marfil* como un genial orfebre pule sus poemas angustiándose los dedos del alma. Por fin revienta

como una rosa endemoniada un poema, y su *torre de marfil* se torna lúgubre. Asombra a los árboles que se despedazan contra el viento.

Atormentado siempre, busca un nuevo mundo. Cree hallarlo en el de los insectos. Trata de interpretarlo en sus pequeños y angustiosos cuadros. Desfilan todos los insectos iluminando la imaginación que enfrentamos a sus cuadros de una adolescencia genial.

Este pequeño mundo, intrincado, de los insectos fatiga pronto su imaginación. Intenta retornar a la niñez y no puede. Es un niño, sin embargo. Pero no sabe que es un niño. Vive trágicamente desde el momento que tiene que buscar una lógica explicación a su existencia.

Inventa una diminuta máquina fotográfica y hace retratos ausentes sin otro elemento que su pura imaginación. Tiene una inquietud que le tiembla en todo el cuerpo como un caballo brioso. Pinta. Escribe. Juega. Pega un zarpazo a la música y se alimenta como una fiera este hombre de dedos que parecen estambres de una flor y que se viste con su propia sombra para abultar su cuerpo.

Recorre el mar, más bien recorre la playa de brazo del mar. El no sabe por qué es amigo del mar. Cree que es una tradición de su espíritu.

Cuando *Colónida* (revista literaria que fecundó un ambiente poético en el Perú y cuyo director fué el malogrado poeta Abraham Valdelomar) descubrió a Eguren, los muchachos intelectuales, desde entonces, acuden a la casa de Eguren a estrechar las manos de ese pequeño hombre cuyos ojos azogados se pierden debajo del párpado flácido.

Acuden en romería los muchachos a oírle hablar, pero Eguren no habla. Vive evadido de sí mismo. Vive trágicamente y en un silencio puro.—JULIÁN PETROVICK.

Los temas literarios

Versión castellana autorizada por el autor, de C. Deambrosis Martins.

CUANDO entraba lleno de frío en mi casa a la caída de la tarde de aquel día de otoño, apretando entre mis largos dedos el húmedo bastón, y tiritando, cubierto por un traje más delgado que yo, me topé con el maestro. Marchaba triunfalmente a través de las sombrías calles. Er-